

CONCILIUM

*Revista internacional
de Teología*

SEPARATA
del n.º 231
Septiembre 1990

E. Schuchardt:

AFRONTAR EL FRACASO:
¿POR QUE PRECISAMENTE YO?
UNA OCASION PARA APRENDER A VIVIR

AFRONTAR EL FRACASO:
¿POR QUE PRECISAMENTE YO?
UNA OCASION PARA APRENDER A VIVIR

«Elohí, Elohí, lamá sabaktani?» «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?» (Palabras de Jesús en la cruz: Mc 15,34).

«Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí este trago, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». (Palabras de Jesús en Getsemaní: Mc 14,36).

«¿Quién soy yo? Dicen de mí también que he llevado los días de mi desgracia (la cárcel) estoicamente, sonriente y orgulloso, como uno que ha vivido una victoria...

»¿Soy yo realmente lo que otros dicen de mí? ¿O soy sólo lo que yo sé de mí? Inquieto, angustiado, enfermo, como un pájaro en la jaula, temblando de rabia por esta arbitrariedad y la más pequeña enfermedad...

»Cansado y vacío para rezar, para pensar, para luchar, agotado y dispuesto a decirle adiós a todo.

»¿Quién soy yo? ¿Este o aquél? ¿Soy yo hoy éste y mañana otro? ¿Soy los dos a la vez? ¿Ante los hombres un hipócrita y ante mí mismo una persona débil y quejumbrosa?...

»¿Quién soy yo? Esta única pregunta se burla de mí. ¡Quién soy, tú me conoces, soy tuyo, Dios mío! » (Preguntas de Bonhoeffer desde la cárcel de Tegel, Berlín, a su amigo [«Tú eres la única persona que sabe...»], no a sus padres, el año de su ejecución, 1940)¹.

Que Dietrich Bonhoeffer —casi dos mil años después de Jesús— admita y declare que el autodomínio sólo se consigue de vez en cuando y que se volvió un hombre que no se conocía a sí mismo, es un hecho que nos invita a hacer referencia a un proceso psíquico importante. Pensemos en los profetas del Antiguo Testamento, en los místicos o en sus compañeros marcados; a ninguno de ellos lo podemos imaginar como un hombre siempre soberano. Lo inmanifiesto —lo Otro— sólo lo ve el humillado.

¹ Dietrich Bonhoeffer, *Widerstand und Ergebung* (Munich 1977) 381s.

Esto es lo que Sören Kierkegaard desarrolla, en su alternativa del *O...o*, como el «nuevo sentido del hombre», como su «verdadero ser», como la «existencia nueva ante Dios». Para Kierkegaard, lo verdaderamente importante es el «salto de cien mil metros al abismo de lo incierto», el «riesgo de la fe», que consiste en «confiarse sin reservas al amor de Dios», incluso aunque se experimente como una amenaza profunda o «sin ninguna garantía y sin seguridad para la existencia humana»² (Sören Kierkegaard, *Entweder... oder*, 1843).

Esto es lo que Hans Jonas —premio de la Paz de la literatura alemana en 1987— les plantea, existencial y filosóficamente, a los judíos que sufren y perseguidos en su profunda pregunta bajo el agresivo título: *El concepto de Dios después de Auschwitz*. Es lo que le impulsa a deletrear sus juicios: «Él (Dios) no es omnipotente»... «Dios permaneció en silencio. Y entonces yo (Jonas) digo: 'No intervino no porque no quiso, sino porque no pudo'»... «Simplemente en el hecho de amitar la libertad humana se da una renuncia al poder divino». Así, cualquier «respuesta a la pregunta de Job» no puede ser tampoco más que un «balbuceo ante el misterio eterno». Jonas escribe: «La mía es opuesta a la del Libro de Job. Éste proclama la plenitud del poder del Dios Creador; la mía (la de Jonás), la renuncia a su poder... Porque la renuncia originó que pudiéramos ser. También ésta, me parece, es una respuesta a Job: que en él sufre Dios mismo»³.

«En el diálogo confiado y personal, también en él —en el filósofo— retroceden las palabras; porque lo inefable se revela en el lenguaje expresivo de las lágrimas» (Hans Jonas, *Der Gottesbegriff nach Auschwitz*, 1984).

Gritos de dolor de hombres desde hace dos mil años: «¿Por qué me has abandonado?» «¿Quién soy yo?» «¿Quién eres tú, Dios?» «¿Quién eres tú después de Auschwitz?»

Gritos, caminos, procesos de cristianos, cuyos nombres se han hecho importantes mundialmente; todos ellos presentan la siguiente característica, coincidiendo con mis investigaciones:

«Tampoco un cristiano sabe por qué camino va cuando pasa

² Sören Kierkegaard, *Entweder... oder*, 20-II-1843.

³ Hans Jonas, *Der Gottesbegriff nach Auschwitz* (Tubinga 1984) 39, 41, 43 y 49.

por el sufrimiento, aunque desde luego atraviesa un camino —con Dios—. La oscuridad no es realmente ausencia de Dios, sino ocultamiento de Dios, en el que le buscamos —siguiéndole— y le encontramos de nuevo»⁴ (Erika Schuchardt, *Warum gerade ich...?*, 1984).

A la pregunta que me dirigen repetidamente: «¿Es más fácil para los cristianos aprender a afrontar los fracasos o las crisis?», he de responder, por una parte, enérgicamente, que no. Basándome en investigaciones de años y en intervenciones directas en pastoral, puedo concluir con claridad lo siguiente: en las épocas más difíciles de dolor, un cristiano con mucha frecuencia no sólo tiene que sobrellevar su fracaso, su crisis; no, tiene que sobrellevar también, además, su fe y soportar tribulaciones. Es decir, que además del dolor evidente tiene que enfrentarse con su imagen de Dios, que hasta entonces ha sido poco clara. El desgarrón que se da en la creación ahora le atraviesa también a él. Su teología de la cruz, su conocimiento racional *sobre* el camino de la imitación de Jesucristo lo va a comprender entonces, existencial e inevitablemente, él mismo, muchas veces por primera vez, en la experiencia propia y directa del peso de la cruz *en* la imitación de Cristo. Ahora se ve obligado a aprender a aceptar inevitablemente no *cualquier* cruz, sino la cruz *propia*.

Por otra parte, puedo también responder informando de lo que dicen casi todos los autores de más de quinientas biografías: el cristiano tiene a quién dirigirse de día y de noche, tiene un oyente, un compañero de diálogo, tiene a Dios, al que puede dirigirse —como también lo hizo Job— en cualquier tiempo, a cualquier hora, en cualquier momento, pidiendo, quejándose, en silencio o llorando. Dios está presente siempre, escucha siempre y Dios aguanta todas mis quejas.

Sobre estas preguntas —reflejadas en biografías europeas y no europeas— remito a mi libro *Warum gerade ich...? Leiden und Glauben*.

⁴ Erika Schuchardt, *Warum gerade ich...? Leiden und Glauben* (Offenbach/Francfort 1981; 6.ª ed. revisada y ampliada 1990), prólogo, 4. Distinguida con el premio de literatura de 1984, y *Why is this Happening to Me...? Guidance and Hope for Those who Suffer* (Augsburg Fortress Publisher Minneapolis/EE. UU. 1990).

En las páginas siguientes voy a centrarme en el aspecto «afrentar el fracaso: una ocasión para aprender a vivir». En su exposición seguiré estos dos pasos:

1. El enfrentamiento con el fracaso como proceso de aprendizaje, reflejado en quinientas historias.

2. La asimilación de las crisis como proceso de aprendizaje en la obra de Pearl S. Buck, premio Nobel americano, *La hija que nunca creció*.

I. EL ENFRENTAMIENTO CON EL FRACASO COMO PROCESO DE APRENDIZAJE

Durante más de una década he estado interesada en demostrar las posibilidades de asimilación de las crisis, basándome en el análisis de biografías de personas disminuidas o afectadas. Las biografías de disminuidos y de las personas con que se relacionan son en cierta manera espejos de aumento de las crisis del ser humano en general. Pero con una diferencia decisiva: la persona todavía no afectada, el llamado no disminuido, puede escapar a lo largo de su vida —a veces hasta la hora de la muerte— de las situaciones graves, aunque a costa de no encontrar la identidad que le falta, mientras que la persona afectada, el llamado disminuido o deficiente, con mucha más dificultad puede evitar a lo largo de su vida la asimilación de su deficiencia o de su crisis.

Para aclarar mi tesis «La asimilación de las crisis como proceso de aprendizaje», voy a exponer a continuación algunos resultados de varios trabajos de investigación. Después de hacernos la pregunta: «¿Cómo aprenden los sujetos afectados a vivir con su deficiencia o crisis?», se llevaron a cabo análisis de diversas vidas de todo el mundo para destacar su modelo de interpretación de la vida: en un primer cálculo investigador^{5, 6}, por medio del método biográfico, analizando más de quinientas biografías; en una segun-

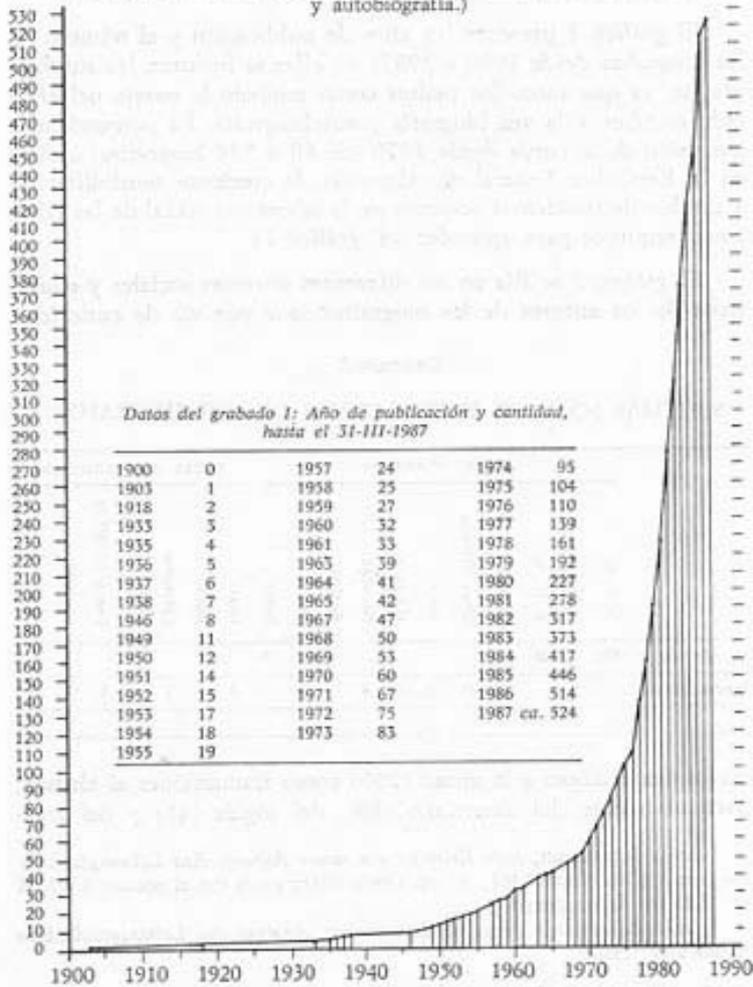
⁵ Erika Schuchardt, *Biographische Erfahrung und wissenschaftliche Theorie. Soziale Integration Behinderter*, t. 1 (Bad Heilbrunn 1980; 4.ª ed. revisada y ampliada, 1990).

⁶ Erika Schuchardt, *Weiterbildung als Krisenverarbeitung. Soziale Integration Behinderter*, t. 2 (Bad Heilbrunn 1980; 4.ª ed. revisada y ampliada, 1990).

GRÁFICO 1

AÑO DE PUBLICACION Y CANTIDAD DE BIOGRAFIAS

(Aquí se incluyen las autobiografías, ya que los padres y también las parejas de los impedidos escriben al mismo tiempo biografía y autobiografía.)



da investigación de contacto^{7,8} con colegas que todavía viven (131), por medio de entrevistas cualitativas, validación comunicativa y métodos de discusión de grupos.

Explicaré a continuación los cuatro gráficos que resumen el conjunto de la primera investigación:

El gráfico 1 presenta los años de publicación y el número de las biografías desde 1900 a 1987; en ellas se incluyen las autobiografías, ya que tanto los padres como también la pareja del afectado escriben a la vez biografía y autobiografía. La perpendicular ascensión de la curva desde 1970 (de 60 a 524 biografías) indica, en la República Federal de Alemania, la creciente sensibilización y cambio de conciencia respecto de la relevancia social de las crisis como requisito para aprender (cf. gráfico 1).

El gráfico 2 se fija en los diferentes sistemas sociales y educativos de los autores de las biografías, que por vía de curiosidad

GRÁFICO 2

SISTEMAS SOCIALES Y EDUCATIVOS DE LOS BIOGRAFOS

	PAÍSES EUROPEOS													PAÍSES NO EUROPEOS				
	R. F. A.	Dinamarca	R. D. A.	Francia	Gran Bretaña	Italia	Holanda	Noruega	Austria	Suecia	Suiza	Irakl	Japón	Colombia	México	Unión Soviética	EE. UU.	TOTAL
En alemán.	281	26						8	9									324
Traducciones.	1	39	45	2	4	4	4	1	2	1	1	1	1	1	6	89		200
																		524

escasamente llegan a la mitad (200) como traducciones al alemán, particularmente del americano (89), del inglés (45) y del fran-

⁷ Erika Schuchardt, *Jede Krise ist ein neuer Anfang. Aus Lebensgeschichten lernen* (Düsseldorf 1984; 4.ª ed. 1990). Distinguida con el premio AWMM de 1985 en Luxemburgo.

⁸ Erika Schuchardt, *Krise als Lernchance. Analyse von Lebensgeschichten* (Düsseldorf 1985).

cés (39), y muy pocas del ruso (6), holandés (4), noruego (4), sueco (4), italiano (2), hebreo (2), danés (1) y japonés (1) (cf. gráfico 2).

El gráfico 3 ofrece una información sobre los diferentes tipos de impedimentos o trastornos graves, desde cuya perspectiva han escrito los biógrafos como autores: bajo la clasificación «tipos de

GRÁFICO 3

BIOGRAFOS E IMPEDIDOS *
O ENFERMOS CON TRASTORNOS

	ENFERMEDADES DE LARGO PLAZO					TIPOS DE IMPEDIMENTO					
	Subnormal	Deficiente físico	Deficiente para aprender	Deficiente psíquico/ trastorno de la conducta	Deficiente sensorial/ daño de la visión o audición	Disléxico	Cáncer	Esclerosis múltiple	Toxicomanía	Otros	Total
Sujetos afect.	—	60	—	38	39	7	43	7	50	38	282
Padres.	35	7	—	12	3	1	10	—	4	10	82
Pareja.	—	—	—	5	1	—	12	—	1	8	27
Especialistas.	11	11	1	38	16	3	12	2	5	34	133
	46	78	1	93	59	11	77	9	60	90	524

* Tipos de impedimento según la sistemática del Consejo Alemán de Educación (Bonn 1975).

impedimento» puede verse que el primer lugar por su número lo ocupan los relatos de disminuidos psíquicos (93); el segundo lugar, los de disminuidos físicos (78); siguen en tercer lugar los de deficientes sensoriales, con daños de visión o audición (59); en cuarto lugar, los de personas que se relacionan subnormales (46); y en quinto y sexto lugar, los de disléxicos (11) y deficientes para el aprendizaje (1). Del gráfico 3 se desprende que los enfermos cró-

nicos, incluidos bajo la clasificación de «enfermedades de largo plazo», con trastornos graves como el cáncer (76), la toxicomanía (59), la esclerosis múltiple (9) y otras (90), escriben por primera vez a partir de 1970 y después ya con más frecuencia; desde 1970 sube el número de sus biografías rápidamente en un espacio de tiempo de sólo diecisiete años (1970-1987) hasta un total de 234, es decir, hasta casi la mitad de las 524 biografías, frente a las 290 de personas con impedimentos. Señalemos que las últimas se escribieron en un período de tiempo cinco veces superior del total de ochenta y siete años (1900-1987) (cf. gráfico 3).

El gráfico 4 se refiere al cambio creciente que se da desde una cantidad principal de mujeres hace años hasta un equilibrio de hombres y mujeres dispuestos a ocuparse de la asimilación de las

GRÁFICO 4
ESTADO DE LOS BIOGRAFOS

Sujetos afectados.	Mujeres 154	Hombres 123	Juntos 5	Total 282
Padres.	Madres 54	Padres 21	Juntos 7	Total 82
Pareja.	Compañera 12	Compañero 7	Juntos 8	Total 27
Especialistas.	Mujeres 46	Hombres 62	Juntos 9	Total 117
Afectados con especialistas.	Mujeres 6	Hombres 4	Juntos 6	Total 16
	272	217	35	524

crisis. En 1987, con una cuota numéricamente casi del mismo nivel, escriben 217 hombres y 272 mujeres, y también 35 hombres y mujeres juntos. Ante esto, estudios diferenciados de corte longitudinal han investigado la problemática de esta cantidad unilateral de mujeres: en 1980 todavía informaban preferentemente las mujeres, con una mayoría de más de cuatro quintos; en 1984 se redujo esta

proporción hasta más de dos tercios; finalmente, en 1987 el balance de casi el mismo número de hombres y mujeres como biógrafos se había inclinado ya a biografías conjuntas (cf. gráfico 4).

Para nuestro problema, «El proceso de asimilación como ocasión de aprendizaje», es de gran ayuda tener presente este largo camino de aprendizaje, inmensamente difícil, al investigar la asimilación de las crisis de carácter existencial. Repasando estas biografías, ha sido impresionante comprobar lo siguiente: los estadios de este proceso tienen que vivírselos y superarlos los sujetos afectados, independientemente del desencadenante de la crisis (el comienzo de la deficiencia física, psíquica, sensorial o mental, lo mismo que también de la enfermedad crónica o deficiencia por certeza de la muerte), antes de que se consiga una nueva identidad o una reinsertión social. Por eso, supuesto que las situaciones sean iguales, es importante que análogamente también el sujeto todavía no afectado recorra el mismo proceso de aprendizaje, cuando en las crisis de identidad, como, por ejemplo, paro, pérdida de la pareja o presentimiento de la muerte, se encuentre también indefectiblemente afectado. Por eso, a este proceso de aprendizaje no lo hemos llamado «asimilación de una deficiencia», sino «asimilación de las crisis».

Para explicar este proceso de aprendizaje de asimilación de las crisis puede ser de gran ayuda hacernos a la idea de que somos nosotros los que nos enfrentamos con el siguiente diagnóstico: «enfermo terminal», o «enfermo de cáncer», o «su accidente le causará una parálisis», o «su hijo o nieto está sano físicamente, pero es subnormal», o «su hijo es drogadicto», o «también está condenado al paro». Más tarde o más temprano nos haríamos, naturalmente, esta pregunta: «¿Por qué precisamente yo?» Pero pocas veces o nunca aceptamos la pregunta inversa: «¿Por qué precisamente yo no?» Si nos atrevemos a intentar aceptar la primera pregunta, podemos reconocer por adelantado las fases de este proceso de asimilación, al que yo llamo «fase de la espiral» para hacerle justicia a la dinámica de esta lucha, con frecuencia de toda la vida, por encontrar la identidad. Además, la espiral explica con claridad la interrelación recíproca de las ocho fases de este proceso de asimilación de las crisis, que pueden tanto edificarse «gradualmente» una sobre otra —aunque con mucha distancia— como existir «pa-

ralelamente» una al lado de la otra, o también ser «complementarias» entre sí. En las páginas siguientes vamos a describir este recorrido.

Fase 1 de la espiral: incertidumbre

Al comenzar una crisis o deficiencia, lo primero que se da es un *shock*. El desencadenante de la crisis —un accidente, una noticia, un suceso— golpea como un rayo y destruye de pronto una vida que se regía por unas normas y que estaba orientada por ellas: imprevistamente se ve uno enfrentado con una situación que se aparta de lo normal; se desencadena la crisis y el sujeto afectado se siente sumergido en el pánico ante lo desconocido. Automáticamente recurre a los modelos de reacción que ha aprendido, se defiende, construye castillos protectores, pone en marcha unos rituales racionales, hace lo que sea y no deja de hacer nada para frenar el desencadenante de la crisis. Esta experiencia de *shock* podría no existir, porque no debería existir. El sujeto afectado no puede soportar esta situación y se consigue un espacio de libertad con nuevos y constantes mecanismos de defensa. Todas estas personas, en este estado de indecisión y de darle vueltas a la crisis, tienen en común la característica principal del «rechazo implícito». A este estado de «incertidumbre» lo llama Kübler-Ross «estado de no querer reconocer y de aislamiento». Pero este «no querer» es un proceso consciente, mientras que el concepto de *incertidumbre* indica que se trata de un estado semiconsciente o de un no poder todavía reconocer, con la tendencia a rechazar la crisis. En el lenguaje corriente este estado se expresa con la pregunta: «¿Qué es lo que pasa realmente...?»

La persona instruída en el análisis del lenguaje ve inmediatamente que detrás del «realmente» hay algo que se piensa y que no se confiesa, que, por tanto, se está preparando el reconocimiento de la crisis. Para comprender mejor este estado puede servir de ayuda describir más detenidamente la fase 1 de la espiral como fase inicial o de diagnóstico. En este estado inicial pueden darse tres fases intermedias típicas, que pueden tanto estar separadas como existir juntas o ser complementarias y que tienen diferente duración.

Fase intermedia 1.1: *ignorancia*: «¿Qué significará esto?»

Fase intermedia 1.2: *inseguridad*: «¿Significará esto algo?»

Fase intermedia 1.3: *inadmisibilidad*: «¿No será esto un error?»

Muchas veces, en estas fases intermedias de la incertidumbre (1) a la certeza (2) existen una o varias personas que conocen el problema —la pareja, el médico, el vecino, otras personas con el mismo padecimiento—, mientras que la persona afectada todavía no lo conoce. Esto crea un clima distinto entre ellas: la que lo conoce tiene una responsabilidad e influye con su conducta en la futura relación de confianza y desconfianza. Es un hecho indiscutible que el que una persona conozca el problema determina siempre su relación con el sujeto afectado que no sabe nada, y esto a su vez influye en el proceso del reconocimiento, del descubrimiento de la verdad, facilitándolo o dificultándolo.

Fase 2 de la espiral: certeza

Aunque está ya presagiada en la incertidumbre, ahora le sigue indefectiblemente la *certeza* de la pérdida de posibilidades vitales como fase 2 de la espiral, que casi como por intuición se suele expresar así: «Sí; pero esto no puede ser». Es una afirmación negativa y expresa un rechazo similar al de la fase 1; pero lo cierto es que el rechazo se da en las dos.

También la persona que ha reconocido su crisis la rechazará de vez en cuando para poder seguir viviendo. Estos sujetos están dispuestos a aceptar la verdad entera; pero emocional y fácticamente continúan viviendo con la esperanza contra toda esperanza de que se comprobará que los pronósticos son equivocados o erróneos. Esta ambivalencia entre un «sí» racional y un «no» emocional es la característica determinante de la fase de certeza (2). La ambivalencia «Sí; pero...» se utiliza como parachoque, según sea necesario, entre el sujeto afectado y su horror por el diagnóstico, consiguiendo así un espacio de libertad, en el que puede volver a refugiarse e intentar comenzar de nuevo para continuar su camino. A pesar de todo, cualquier diálogo sobre la situación real respecto del contenido innegable de la certeza puede ser una ayuda muy valiosa, porque restablece una conexión entre el conocimiento racional y el estado emocional. Pero el supuesto decisivo para esto es la disposición del sujeto mismo: es él el que tiene que dar la señal de que quiere hablar con claridad sobre el problema; sólo de

esta forma es posible el descubrimiento personal de la verdad. A través de una conversación dosificada con otra persona puede aceptarse la verdad en el sentido de «tratar un asunto».

El problema de la verdad, por supuesto, no es un problema de información objetiva correcta o de principios, ni tampoco es un acto único y acabado de transmisión de noticias, sino un problema mucho más complejo de comunicación entre un emisor y un receptor, un problema de médium, el problema del entretreído de la relación, de la conexión entre el sujeto afectado y el sujeto no afectado (médico, persona cualificada, compañero). Sólo así no quedará aislada en un espacio vacío la expresión de la verdad: «Usted tiene cáncer», «ustedes tienen un hijo mongólico», «ustedes tienen que contar con las consecuencias de una lesión de columna». Se recibe en el contexto de una situación intersubjetiva y de acuerdo con cada situación específica. No obstante, siguen en pie estas preguntas: ¿Puede darse a conocer un problema de modo que los sentimientos repriman los mecanismos de defensa; o está el sujeto afectado emocionalmente en situación de sufrirlo? ¿Qué actitud tienen los *dos*, el afectado y el compañero, juntos ante el destino que se impone? Éste es un problema que aumenta la responsabilidad del acompañante, le exige competencia terapéutica y comunicativa y también una gran estabilidad interna en la identidad de su yo ante situaciones límite. Probablemente los sujetos afectados tienen derecho a la verdad completa, si están en situación de asimilar y también de aguantar la verdad en el mismo momento de oírla.

Fase 3 de la espiral: agresión

A estas primeras fases, «racionales» y «guiadas por algo extraño», de la incertidumbre (1) y de la certeza todavía ambivalente (2) le siguen las fases «emocionales» y «no guiadas» de las explosiones vitales del sentimiento en el estadio de transición.

Ahora el reconocimiento racional se infiltra en la conciencia como experiencia del corazón. «Ahora ya me doy cuenta», y herido y sacudido hasta la raíz, el sujeto afectado grita: «¿Por qué precisamente yo?» El suplicio de esta conciencia está dominado por tempestades sentimentales tan fuertes, que el sujeto, o cree ahora en ellas o, por el contrario —en el caso más desfavorable—, las hace reventar contra su entorno. Esta protesta volcánica puede

designarse con todo acierto con el concepto de *agresión* (3). Lo trágico de ella es que el verdadero objeto de la agresión, el desencadenante mismo de la crisis, ni se puede comprender ni se puede atacar. De aquí que las agresiones se busquen sustitutivos; el blanco puede ser todo lo que se les ofrezca. Así, para el que la ve desde fuera, la agresión se descarga sin motivo alguno aparente en todas direcciones y contra todo o nada. Adondequiera que mire el sujeto, en todas partes encuentra motivo para plantear exigencias. Inconsciente de sí mismo, se busca válvulas de escape en las que poder descargar la sobrepresión de sus sentimientos y, así liberado, volver a ser capaz de acción. Sin embargo, aquí empieza un nuevo círculo vicioso. Yo he encontrado nueve modelos diferentes de agresión, dos de los cuales hay que citar aquí: el «deseo de la muerte», en cuya descripción coinciden todos los biógrafos, y el «suicidio», que practican no menos de dos tercios de los más de quinientos biógrafos.

Así como en la fase de incertidumbre (1) con mucha frecuencia el conocimiento anterior de la persona ya enterada refuerza el rechazo por haber tratado con cuidado equivocadamente al sujeto afectado, en la fase de la agresión, la protesta falsa de aquélla, si se vive como explosión de defensa personal y no se reconoce como válvula de escape, la lleva a defenderse con más fuerza precisamente contra todo el que ya está afectado. La persona dominada por su sufrimiento tiene así la prueba de que todos y todo se ha unido contra ella, sintiéndose ahora, en su situación real, desamparada y aislada.

En esta fase son especialmente claros los peligros a que están condenados los sujetos afectados si no tienen la compañía adecuada: o se ahogan en la agresión como aniquilación pasiva o activa de sí mismos, o sucumben ante las expresiones hostiles del entorno a la resaca del aislamiento o, por el contrario, porque han interiorizado el control de sus sentimientos negativos, caen en una resignación apática. Pero con esto está ya indicado el significado fundamental de la agresión como fase introductoria de la asimilación emocional de las crisis a lo largo de todo el proceso de aprendizaje.

Fase 4 de la espiral: gestión

Las fuerzas emocionales liberadas en la agresión empujan a la acción. Sin orden ni concierto se ponen en marcha ahora todas las medidas que sean imaginables para escapar de la impotencia ante una situación sin salida. Estos «intentos de supresión» se producen en una secuencia incontenible. Se ponen en juego riesgos cada vez más altos. Se pregunta por todas partes y se hacen gestiones. Independientemente de la situación económica de cada uno y del esquema de valores del sujeto, se dan ahora dos direcciones que, paradójicamente, por no estar guiadas, muchas veces discurren también paralelamente: el uso del «emporio mundial de los médicos» y la búsqueda de «camino que lleven a un milagro».

La consulta sin orden ni concierto de distintos médicos, de eminencias extranjeras y hasta de curanderos clandestinos, con el riesgo de costes de dinero muy altos —que con frecuencia llevan a la familia a la ruina—, pretende comprar la esperanza de que es posible retrasar el diagnóstico definitivo. Al mismo tiempo se recorren todos los «camino que lleven a un milagro», como peregrinaciones a Lourdes —las han hecho dos terceras partes de todos los biógrafos—, la celebración de misas, la imposición de las manos en el culto, la ofrenda de exvotos, la promesa de dar todas las propiedades a la Iglesia o a instituciones humanitarias, la promesa de entrar en un convento o de un cambio total de vida, aunque desde luego siempre bajo esta única condición: «Si..., entonces tengo que...» Esta fase emocional no guiada de la espiral hay que entenderla como una rebelión última. Puede designarse con el concepto de *gestión* (4). También aquí hay que tener en cuenta, por muy peligroso que sea el camino, el hecho de que el sujeto tenga que recorrerlo completamente solo; puede acabar en una «venta» material y espiritual. A la inversa, es evidente que muchos desengaños pueden atenuarse si las personas comprenden en esta fase sus propias reacciones y aprenden a enfrentarse con ellas.

Fase 5 de la espiral: depresión

No se puede dejar de indicar que tarde o temprano todas las gestiones, en el «emporio mundial de los médicos» o en «camino que lleven a milagros», están condenadas al fracaso. El enfermo grave de cáncer no puede evitar su certeza de la muerte; el pa-

ciente de un accidente que ha sufrido una parálisis no puede disimular sus piernas insensibles. La madre del hijo mongólico no puede olvidar su conducta y la expresión de su rostro. El parado no puede evitar las miradas compasivas de los que le rodean. Las emociones dirigidas hacia dentro se han agotado y son sustituidas por una esperanza atrincherada hacia dentro, que lleva a los sujetos a volverse mudos.

Estos sujetos viven su fracaso en las fases anteriores muchas veces como una derrota, hundiéndose en el abismo de la desesperación o de la resignación: «*Para qué... si todo es absurdo*» Se encuentran en la *depresión* (5), la tristeza. Pero la tristeza y las lágrimas son todavía un lenguaje, son signos de vivencia, de estar herido y de resistencia pasiva con un sentimiento de la terrible pérdida. Ahora no sólo racionalmente, sino también emocionalmente, se comprende lo que ya no es posible. Se abandona conscientemente. Sin embargo, estos sujetos también ven lo que les queda y lo que se puede hacer con ellos. La tristeza por lo perdido tiene, por tanto, muchos rostros: por una parte, la tristeza por lo que se ha perdido del pasado, la tristeza reactiva por lo que ya se ha dejado: el no poder andar, el hijo que se deseaba sano; por otra parte, la tristeza por lo que se ha perdido para el futuro, la tristeza anticipativa, el miedo a las consecuencias de la pérdida que amenazan en el futuro: el puesto de trabajo o el puesto social ya inalcanzables, la disminución de valor como pareja, marido o mujer, amigos que se han ido de las manos, la meta de la vida destruida... Estos dos tipos de depresión —como reacción a experiencias de una pérdida y como anticipación de una reducción de la vida en el futuro— tienen en común abandonar las esperanzas irreales, dar un adiós definitivo a las utopías.

En el abandono y en el miedo a la amenaza de ser abandonado se desarrolla la renuncia definitiva a todos los intentos por disimular las pérdidas irreparables. Va acompañada de una tristeza sin límites, la llamada melancolía, que es útil para prepararse a aceptar el destino, y lleva en sí en germen el cambio de rumbo, el recogimiento dirigido hacia dentro y el encuentro consigo mismo. De este encuentro con uno mismo brota la libertad para distanciarse de la experiencia sufrida y para realizar también las próximas acciones necesarias.

Fase 6 de la espiral: aceptación

Lo característico de este giro de la espiral es la experiencia consciente de las limitaciones. El aguantar, el sufrir las fases de lucha contra todo lo que existe, en el terreno racional, ha agotado la capacidad de resistencia. Los sujetos afectados se sienten vacíos, casi sin voluntad, pero como liberados, en el límite: han dejado a su razón imaginarse hasta el final todas las posibilidades en todas las direcciones. Han llevado con tristeza, reactiva y anticipativa, su pérdida de lo actual y lo futuro. Ahora han llegado al final, agotados, pero como liberados, dispuestos a abrirse a una nueva idea. Esto se desarrolla siendo sincero, manteniéndose a sí mismo en pie y también liberándose de uno mismo.

El sujeto siente la sorpresa de que todavía existe, siente la impresión de que no está solo, de que puede servirse todavía de sus sentidos, y se avergüenza de que sus pensamientos y sus sentimientos hayan olvidado que su vida es perfectamente valiosa. Se le vienen encima una gran cantidad de percepciones, vivencias, experiencias, que se concretan en la sentencia: «¡Ahora es cuando veo...!» Yo soy, yo quiero, yo me acepto, yo vivo ahora *con* mi singularidad individual. Esta fase se llama, por eso, *aceptación* (6). Me acepto con mi singularidad a tener piernas paráliticas. Me acepto como madre de un hijo mongólico. No vivo *contra*, sino *con* la crisis. Soy una persona como otra cualquiera. Cada uno tiene que aprender, con su crisis, a vivir sus limitaciones. Yo quiero vivir y seguir mi vida.

La aceptación no significa abandono resignado, ni tampoco puede entenderse como un estado en el que uno se encuentra liberado. La aceptación no es un decir sí conformista. Ningún hombre puede decirle sí espontáneamente a pérdidas duras; pero puede aprender, cuando se preparan las crisis, a aceptar lo inevitable. Por tanto, aceptación es la superación de los límites de su conciencia, que ahora se ensancha inesperadamente. De esta forma se ha hecho capaz de aceptar.

Fase 7 de la espiral: actividad

La decisión, tomada por uno mismo, de vivir *con* la singularidad individual libera al fin las fuerzas que hasta ahora se habían dedicado a luchar *contra ella*. Este potencial de fuerzas empuja a

la acción. «¡Esto lo hago yo...!» es la expresión espontánea de este giro. Guiados por uno mismo y con todo el impulso de las capacidades racionales y emocionales, comienzan a darse los primeros pasos de la fase 7 de actividad. Los sujetos ven que lo decisivo claramente no es lo que se tiene, ¡sino lo que se edifica con lo que se tiene! En los sujetos se produce, directa e indirectamente, una reestratificación, una reestructuración de valores y normas sobre la base de las experiencias asimiladas, no fuera del sistema de valores y normas vigentes y dominantes, sino dentro de él. Los niveles de los valores y las normas siguen siendo los mismos, pero por el cambio de perspectiva se estratifican de un modo nuevo.

No podemos dejar de indicar que las acciones y los pensamientos cambian ahora también a la realidad. Pero lo único importante es que el sujeto se cambia a sí mismo y, por medio de este proceso de aprendizaje, puede convertirse en estímulo para el «cambio de sistema» como consecuencia, no como meta. Pero cambio significa aquí la posibilidad de ser de otra forma mediante perspectivas alternativas de acción, como resultado de definirse a sí mismo de un modo nuevo dentro de los límites fijados, con el riesgo de actuar dentro de ellos autónomamente.

Fase 8 de la espiral: solidaridad

Si los sujetos sobrellevan su sufrimiento debidamente acompañados en las fases descritas, se desarrolla en ellos en cualquier momento el deseo de actuar responsablemente también en la sociedad. El campo individual, el cambio de la personalidad individual se ven ahora en su relación con el marco vital restante. La deficiencia pasa a un segundo plano, el campo de la acción social penetra en la conciencia, exigiendo unas actividades en común: *solidaridad* (8) es el último grado del proceso de aprendizaje de la asimilación de las crisis.

«¡Lo hacemos nosotros; tomamos iniciativas nosotros...!» Ésta es la expresión de una asimilación de las crisis eficaz, de una integración social adecuada. No puede haber duda alguna de que esta última fase de la espiral sólo la alcanzan unos pocos deficientes, pero también sólo pocas veces lo alcanzan los no deficientes.

Si se compara la asimilación de las crisis de los deficientes y de los enfermos incurables con la lucha de las personas en crisis exis-

tenciales inevitables, vemos que se da este rasgo común: al final la crisis no tiene solución en el sentido de liberarse uno de su peso. La única solución posible consiste en vivir no resistiendo *contra*, sino en vivir *con* lo aparentemente inaceptable, y esto como empresa de una tarea nueva que debe tender a cambiar los efectos y que hay que edificar individual y solidariamente. Adelantándonos a todos los biógrafos, puede decirse que este tipo de construcción puede experimentarse como el sentido de la vida, e incluso como la felicidad. La capacitación para edificar mediante la participación activa en una vida en común es ahora el «encuentro de sí mismo siendo de otra forma» en medio de las normas de rendimiento inadecuadas de nuestra sociedad.

Al final de esta exposición quisiera llamar la atención sobre por qué presenté al principio esta espiral como pirámide. Esto lo puede aclarar el hecho de que una tercera parte de los biógrafos se quedó en el estadio inicial, otra tercera parte no pasó del estadio de transición y sólo una tercera parte, refiriéndonos a más de quinientos biógrafos, llegó al estadio-meta. Me parece importante decir que esto se ha debido sin excepción a la presencia de una persona que acompañó el proceso de aprendizaje. (A este propósito he de decir que en mis dos tomos sobre la temática «integración social de los impedidos», «experiencia biográfica y teoría científica» [tomo 1], y «desarrollo y asimilación de las crisis» [tomo 2], he presentado estudios de casos biográficos, analizándolos desde un corte longitudinal: subnormal, en Pearl S. Buck; disminuido físico, en Christy Brown; deficiente sensorial, en Helen Keller; disminuido psíquico, en Clara Park.)

Además, quisiera, con toda la brevedad que se me pide, hacer una segunda indicación: que la fase de la agresión como *kathársis* ocupa una posición clave. Esto significa lo siguiente: si falta la fase de la agresión en el proceso de aprendizaje, se presentan tendencias a la no aceptación y al aislamiento social; y a la inversa, si la fase de la agresión está incluida en el proceso de aprendizaje, se refuerzan las tendencias a la aceptación y a la integración social. En consecuencia, la falta de la agresión tiene que resolverse interviniendo en la crisis, para posibilitar el proceso de aprendizaje de la integración social. (Basándome en pruebas biográficas —véase *op. cit.*, «desarrollo y asimilación de las crisis», tomo 2—, he po-

dido mostrar cómo la ausencia, la falta, la interrupción o el rechazo de la fase de la agresión puede significar la ruptura del proceso de aprendizaje de que hablamos. Esta ruptura condena a mantenerse en una depresión para toda la vida en Käte Keller: deficiente sensorial; o en una resignación, en Christa Schlett: disminuido físico; o en una no aceptación, en Majorie Shave: subnormal; y a la inversa, puede resolverse la agresión y alcanzarse la asimilación de la crisis hasta llegar a la integración social, en Richard d'Ambrosio: disminuido psíquico.)

Esto significa que la metáfora de la espiral —cf. gráfico 5— explica tanto que los procesos internos no se dan aislados como también que los diversos giros se van superponiendo unos a otros a lo largo de la vida diaria y el trato con los otros. La imagen indica que se está durante toda la vida en este difícil aprendizaje, incluso aunque los sujetos logren afirmar como algo valioso su vida muy limitada. La espiral, por tanto, no se entiende aquí simplemente desde el punto de vista técnico, sino como símbolo de una convicción progresiva a lo largo de sus trazados, que no se detienen en la aniquilación, el aislamiento o el abandono del sentido de la vida: es una forma de «puerta estrecha que lleva a la vida» (cf. Mt 7,14), un camino a través de infinitas incertidumbres, pero que nos hace presentir lo que seremos (cf. 1 Jn 3,2).

¿Para qué hemos descrito con tanto detalle los modos de experiencia de sujetos afectados? El conocimiento de las ocho fases de la espiral en el proceso de aprendizaje de la asimilación de las crisis, ¿puede facilitar la situación de «estar abandonado» por la pareja, de estar «apartado del proceso de trabajo», de «estar impedido» o «estar enfermo de cáncer» o de «ser compañero en las crisis»?

El descubrimiento de las características de este proceso de aprendizaje es una invitación a todos, como individuos —jóvenes o viejos—, como miembros de la comunidad, como colaboradores de la sociedad, como pastores de almas o como pedagogos, a aceptar de forma razonable, es decir, más sensiblemente, la compañía de personas en situaciones de crisis; o más exactamente, a que estemos más dispuestos o seamos más capaces de aprender, sobre todo por nosotros mismos, que nuestro ser humano es un don de Dios.

Así comprendemos mejor la experiencia del mensaje bíblico:

«Yo soy el camino» (no la meta); se nos ilumina la sentencia de Martin Luther King: «No hay un camino para la paz; la paz es el camino»; y caemos en la cuenta de las palabras de Jesús en Getsemaní: «Abba, Padre, todo es posible para ti; aparta de mí este trago, pero no se haga lo que yo quiero, sino lo que quieres tú». Pero esto significa también: ¡No, no dejes que pase de mí este cáliz, para que yo sea para lo que tú me has creado! (cf. espiral del gráfico 5).

II. LA ASIMILACION DE LAS CRISIS COMO PROCESO DE APRENDIZAJE

Las fases expuestas hasta ahora de la asimilación de las crisis se explican a continuación basándonos en el ejemplo de la autobiografía de Pearl S. Buck, madre de una hija disminuida mental, diez años antes de su muerte (cf. *The child who never grew*, Nueva York 1950). Pearl S. Buck, premio Nobel, vive su crisis como cualquier otra madre en situación similar. El modo como asimiló sus experiencias podría servir de paradigma de casi todos los más de quinientos biógrafos. Ella cuenta que el proceso de aprendizaje le duró más de diez años y sin tener ningún compañero. Pearl S. Buck es en él una verdadera representante de la mayoría de las mujeres que cuentan cómo han asimilado sus crisis. Hablando un lenguaje intelectual, explica que la asimilación de las crisis no es tanto un problema de la razón como del corazón; es decir, un problema de disposición y de capacidad para cambiar de ideas, de actitud y de conducta en el nivel de las relaciones.

«No es fácil aprender cómo llevar esta preocupación inevitable. Hoy, que he aprendido la tarea, puedo volver la mirada atrás y reconocer sus grados; pero escalarlos fue realmente difícil; cada uno parecía insuperable» (pp. 41-42).

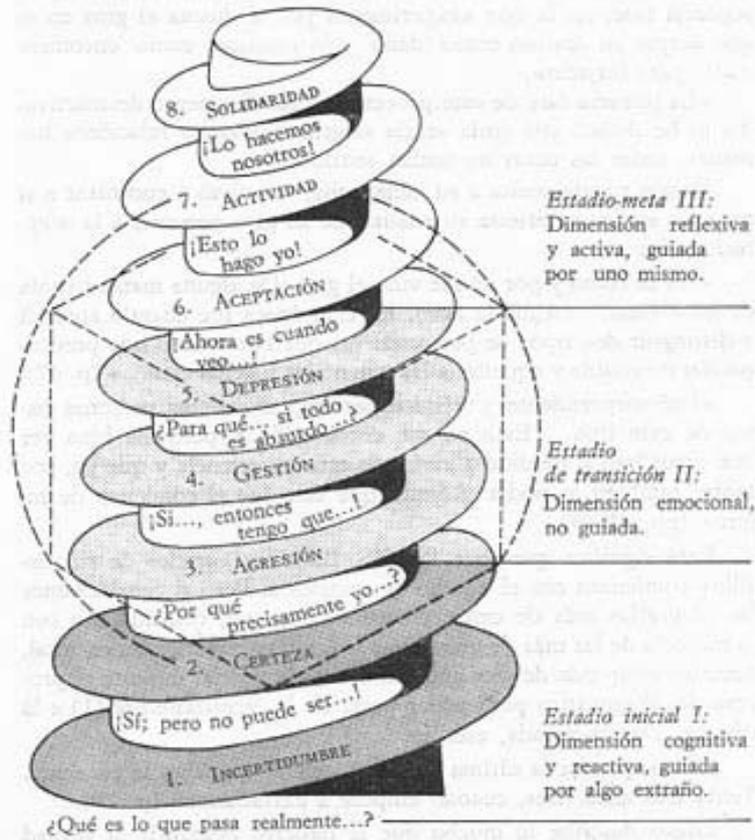
«Pero es interesante para mí misma, y puede ser un poco importante para muchos otros, al menos como proceso, que hable de cómo se aprende a vivir con una preocupación que no se puede desechar. Y por eso voy a hablar de ella» (pp. 45-46).

«Lo diré una vez más: hablo como una que lo sabe» (p. 96).

Así, Pearl S. Buck, con su gran arte narrativo y el amor infi-

GRÁFICO 5

ASIMILACION DE LAS CRISIS COMO PROCESO DE APRENDIZAJE EN OCHO FASES EN ESPIRAL



nito de una madre, describe la vida de su única hija, una hija que nunca crecerá. Aquí incluye su confesión de que tuvo que vivir ella esta situación grave: «... vivir con una preocupación que no se puede desechar». Pearl S. Buck distingue desde 1952 dos fases de su llamado «cursillo», que dura diez años: la primera fase, en la que vive su propia destrucción, cuando tiene que aprender a comprender «el conocimiento inevitable que se me impuso»; y la segunda fase, en la que «experimenta por sí misma el giro en el que acepta su destino como 'dado' y lo reconoce como 'encomendado' para forjarlo».

«La primera fase de este proceso fue terriblemente destructiva. Ya lo he dicho: con nada sentía alegría. Todas las relaciones humanas, todas las cosas no tenían sentido...»

Dando rienda suelta a su melancolía, se volvió a encontrar a sí misma; así lo manifiesta su análisis de su giro personal a la *aceptación* (6):

«No sé cómo y por dónde vino el giro. De alguna manera venía de mí misma... (segunda fase). En esta época fue cuando aprendí a distinguir dos tipos de personas: las que han tenido una preocupación inevitable y aquellas a las que no les sucedía esto...» (p. 47).

«Fue sorprendente y triste experimentar cuántas personas había de este tipo... Esto no me entristeció...; pero me hizo ver que otros han aprendido a vivir con esta experiencia y que yo, por tanto, también lo podía. Admito que éste fue el comienzo de mi giro» (pp. 48-49).

Esto significa que para Pearl S. Buck los «grados de su cursillo» comienzan con el estadio de transición. Pero si consideramos las biografías más de cerca, comprobamos que, coincidiendo con la mayoría de las más de quinientas biografías investigadas en total, necesitó estar más de tres años en el estadio inicial durante el proceso del diagnóstico para poder pasar de la *incertidumbre* (1) a la certeza. Desconcertada, escribe:

«Creo que fui la última que comprendió que algo le pasaba... Tenía tres años, tres, cuando empecé a extrañarme» (p. 20).

Luego describe lo mucho que le molestó descubrir la verdad por el modo impropio como se portaron las personas que le rodeaban y por la falta de compañía. Así expone el paso de la fase inter-

media de la *ignorancia* (1.1) a la *inseguridad* (1.2) como búsqueda infatigable entre las amigas para confirmar la verdad:

«Pregunté a mis amigas sobre sus hijos y les hablé de mi nuevo temor por la mía. Su respuesta fue consoladora, muy consoladora» (p. 21).

Acertadamente caracteriza Pearl S. Buck la conducta típica de la regla irrelevante de «hacer como si» todo estuviera en orden; evita el «demasiado» de las palabras impropias del consuelo engañoso.

«Todas me dijeron las palabras vacías de tranquilidad, que emplean las amigas que piensan bien; las creí. Más tarde, cuando conocí toda la verdad trágica, les pregunté que si realmente no habían tenido ninguna idea de lo que le sucedía a mi hija. Me di cuenta de que éste era realmente el caso; lo habían adivinado o sospechado y las mayores incluso lo sabían; pero se hubieran avergonzado de decírmelo» (p. 21).

Y sólo como consecuencia de esta costumbre a trivializar la gravedad que practicaron las personas que le rodeaban, Pearl S. Buck se vio condenada a permanecer hasta el cuarto año de su hija en la fase intermedia de la inadmisibilidad (1.3):

«Así, mi hija tenía casi cuatro años cuando yo misma descubrí que la evolución de su mente estaba parada... Seguí siendo obstinada e incrédula hasta el final...» (p. 22).

«De todos modos, sentí más miedo cuando me di cuenta. Recuerdo que un día fui a una conferencia de una médica americana que hacía una *tournee* sobre la edad preescolar; y lo que oí entonces me produjo la idea de que a mi hija realmente le pasaba algo...» (p. 23).

Ahora es cuando empieza a consultar médicos, asistir a conferencias y, en fin, a traer a casa a un consejo de médicos, siempre con el mismo resultado ambiguo:

«Algo no va bien... No sé lo que es. Tienen que reunir un consejo de médicos...» (p. 24).

Con esta *certeza* (2) de «que algo le falla», Pearl S. Buck empieza sus viajes angustiosos por todos los continentes, la fase de la *gestión* (4) en el emporio mundial de la ciencia médica, para darse esperanza:

«Entonces empezaron mis largos viajes para conocer también

a los padres de hijos así. He hablado desde entonces con muchos, y siempre ocurre lo mismo. Empujada por la convicción de que tiene que haber sin duda alguien que pueda curarla, cargamos con nuestra hija por toda la tierra buscando a uno que nos ayude» (pp. 26-27).

Describe así el final de su viaje, cuando se le hace saber en un solo instante la inevitable verdad:

«El final del viaje llegó en Rochester, Minnesota. Nos enviaron por fin a la clínica Mayo... (p. 31). Y entonces llegó el momento por el que estaré agradecida mientras viva... Tengo que estar agradecida a la persona que justamente, cuando yo pasaba, salió de una habitación vacía... Se me acercó sigilosamente y me indicó que le siguiera a la habitación vacía... Con voz un tanto brusca y mirándome fijamente a la cara, empezó a hablar con su inglés algo quebrado. '¿Dijo que su hija podía curarse?' 'Escuche lo que voy a decirle', me dijo desafiante. 'Le digo, querida señora, que su hija no será normal nunca. ¡No se engañe! Usted destruirá su vida y hará mendigos a sus familiares si no abandona la esperanza y mira de frente a la verdad. No curará nunca, ¿me oye?... Le digo la verdad, ¡para su bien!'» (pp. 34-35).

Como expresión de su inmensa desesperación porque «se le comunicara la verdad brutalmente» —la hija había cumplido ya cinco años, y las ocasiones de que las otras personas «le descubrieran la verdad dosificadamente» se habían desperdiciado—, es comprensible también la *agresión* (3) como deseo de la muerte de su hija:

«La muerte sería mucho más fácil de soportar, porque la muerte es definitiva; lo que ha sido, ya no es. Muchas veces se me arrancó del corazón que era mejor que mi hija se muriera. A vosotras, que no la conocéis así, es posible que os invada este pavor, pero no el mismo que yo experimenté. Yo le hubiera dado la bienvenida a la muerte de mi hija, porque entonces estaría segura para siempre...» (p. 42).

Y añade luego con toda franqueza:

«Por aquellas otras que tienen que andar el mismo camino de piedra, he de decir que mi rebelión interna duró años... La razón y el sentimiento del deber no pueden tener siempre la primacía si el corazón está roto» (p. 45).

El período de la *depresión* (5) lo ha reflejado Pearl S. Buck

como la primera fase de su «cursillo». Hay que señalar también que ella misma describe que en su experiencia se dieron *los dos tipos de depresión*, la anticipativa y la reactiva: la *depresión anticipativa* como tristeza por el futuro inseguro de su hija, cuyo destino será ser abandonada por los otros en adelante; y la *depresión reactiva* como melancolía por toda la vida que ya se ha abandonado, por el repliegue en el aislamiento:

«Estaba ante dos problemas, y me pareció que los dos eran insoportables. El primero era el problema de su futuro... (p. 38), y a éste le siguió el segundo, el problema de su vida personal en la miseria. Todo el esplendor de la vida ha desaparecido, todo el orgullo de ser padre se ha desvanecido; he tenido el sentimiento de que mi propia vida ha quedado troncada de hecho en la de mi hija. La corriente de la generación ha quedado paralizada...» (p. 42).

El «giro» a la *aceptación* (6), no explicable racionalmente para Pearl S. Buck, como comienzo del estadio-meta, lo presenta como una segunda fase de su aprendizaje. Pero también la intensidad y la constancia con que vive de nuevo las fases del modelo de la espiral los describe ella misma así:

«El primer paso fue: aceptar los hechos tal como eran... Pero prácticamente tuve que dar muchas veces este paso. Una y otra vez me volvía a hundir en el pantano... Porque la desesperación se había convertido en un pantano... Mirar a la hijita sana de la vecina...»

Y análogamente, sobre la *aceptación* (6) dice también Pearl S. Buck:

«Ahora es cuando veo... Estoy empezando a alegrarme otra vez con lo que todavía puede ofrecerme la vida... Los libros eran lo primero... Luego venían... las flores... Todo esto empezó con una especie de asombro de que todas estas cosas seguían existiendo como hasta ahora, y después con la idea de que lo que había ocurrido en realidad no había cambiado nada, fuera de mí misma» (p. 50).

La *actividad* (7) —«Esto lo hago yo...»— la pone en práctica, por un lado, buscando un lugar de residencia para su hija como previsión del futuro y, por otro, asistiendo intensamente a conferencias e ilustraciones para padres y también organizando y financiando trabajos de investigación. Escribe:

«Que yo sabía ahora lo que tenía que hacer y podía pensar sobre cómo debía hacerlo no curó, desde luego, mi preocupación inevitable; pero me ayudó a vivir con ella...»

Finalmente, vemos la *solidaridad* (8) —«Lo hacemos nosotros...»—; naturalmente, también en que escribe y publica su autobiografía, que destaca sobre muchas otras por su veracidad. De esta forma la autora crea una relación con sus lectores.

«No será fácil decir en todo la verdad; pero contar otras cosas sería inútil» (p. 14).

Así se solidariza Pearl S. Buck con cualquier sujeto y se pone en marcha con él: desde el deseo de la muerte, pasando por el «sí», hasta procurar un aprender en común que nunca acaba. Concluye:

«Hay que sobrellevar el dolor, hay que saber que el dolor que se asume totalmente encierra en sí sus propios dones. Porque el dolor tiene su especial alquimia. Puede transformarse en sabiduría, que, aunque no da alegría, sí, sin embargo, felicidad interna» (p. 8).

Así pues, Pearl S. Buck, a pesar del posible fracaso, se ha arriesgado a seguir sobrellevando su dolor, viviendo así su crisis como ocasión para aprender. Nosotros, por nuestra parte, descubrimos que nos necesitamos recíprocamente unos a otros, para que la vida, que es más que sobrevivir, tenga su éxito. A esto puede contribuir el modelo de interreacciones de la asimilación de las crisis como proceso abierto de aprendizaje, ya que nos ofrece iniciativas metódicas y didácticas para prevenir las crisis y para intervenir en ellas, proporcionándonos de esta forma los presupuestos para una concepción de nuestro desarrollo durante toda la vida: «No sólo para darle a la vida años, sino a los años vida, experiencia». Éste es un refrán sabio que, de distinta forma y hace siglos, nos expresaron pensadores como Hipócrates, Platón, Cicerón, Galeno de Pérgamo: «¡No dejes nunca de empezar y no empieces nunca a dejar!»

E. SCHUCHARDT

[Traducción: ELOY RODRÍGUEZ NAVARRO]